

LOS DOS SOBRINOS

O

LA ESCUELA DE LOS PARIENTES.

Comedia original en cinco actos.

de D. Manuel Breton de los Herreros.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 30 de mayo de 1825.

LOS DOS SOBRINOS,

ó

LA ESCUELA DE LOS PARIENTES.

COMEDIA ORIGINAL EN CINCO ACTOS

DE D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada por la primera vez en el teatro del Príncipe el dia 30 de mayo de 1825.



MADRID: 1827.

IMPRENTA DE DON MIGUEL DE BURGOS,
calle de Toledo, donde se hallará.

PERSONAS.	ACTORES.
D. CANDIDO	*Sr. José García Luna.*
D. JOAQUIN	*Sr. Santiago Casanova.*
D.ª CATALINA	*Sra. Agustina Torres.*
D. BRUNO	*Sr. Joaquin Caprara.*
D. ONOFRE	*Sr. Antonio de Guzman.*
D. MARCELO	*Sr. Luis Fabiani.*
D.ª JULIANA	*Sra. Concepcion Velasco.*
PLACIDA	*Sra. Teresa Baus.*
MATIAS	*Sr. José de Guzman.*
INES	*Sra. María Cabo.*
UN SOLDADO	*Sr. José Lledó.*

La escena es en Madrid.

El teatro representa una sala con tres puertas practicables: una conduce á las habitaciones interiores, otra á la de doña Catalina, y la restante al cuarto de don Joaquin.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Don Marcelo, don Onofre.

D. Marc. ¿Qué resolvemos, Onofre,
de nuestro lindo sobrino?
¿Te lo llevas al lugar?
D. Onof. ¡Si es tan apocado el niño
que no sirve para nada!
No es hombre, segun he visto,
de coger un hazadon,
ni de podar un olivo,
ni aun de cuidar de las mulas,
que es el único ejercicio
en que pudiera emplearle.
Si fuera como su primo....
¡Oh! Joaquin es otra cosa.
¡Qué despejado! ¡qué fino!
Y al cabo es un capitan.
Este sí que honra á sus tios;
pero Cándido.....
D. Marc. No obstante
me parece que es preciso
llevemos la carga todos.
Siete meses bien cumplidos
tengo á Joaquin en mi casa
Fué robado en el camino,

y, como era regular,
le franqueé mi bolsillo
para hacerse un equipaje
conveniente á su destino.
He pagado varias deudas
que en Madrid ha contraido....
todas por casos de honor
de que un jóven de principios
nunca puede prescindir:
banquetes con sus amigos;
bailes; á veces el juego,
que, aunque en rigor es un vicio,
sin pasar por un quijote
extravagante y mezquino,
ya ves, todo un capitan....

D. Onof. Eso está bien. Él es digno
de todo; él es acreedor
á cualqüiera sacrificio;
pero el otro....

D. Marc. Pues el otro
me ha puesto en un compromiso.
Aquí se nos ha encajado
sin anunciarnos su arribo,
hecho un adan.

D. Onof. ¿Y qué culpa
tengo yo?

D. Marc. Pidió un asilo
en mi casa, y yo no pude
negárselo.

D. Onof. Pues amigo
paciencia. A mí no me hubiera
encontrado tan propicio.
Ya se la puede buscar,
que no es manco ni tullido.
¡Holgazan! Con esa cara
que tiene de teatino

viene á pegarla, sin mas
que "aquí estoy porque he venido."
D. Marc. Tuve que pagar el viaje
y los gastos del camino,
porque él no trajo....
D. Onof. Esa es otra.
Vaya, vaya; el señorito
es una buena prebenda.
D. Marc. Aunque el gasto es tan crecido,
no es esto lo que me apura.
D. Onof. ¿Pues qué?
D. Marc. Que afrentado vivo
con él. Ese encogimiento,
ese porte tan sombrío,
tan tosco....
D. Onof. Dí de una vez
que es un solemne pollino,
y que quieres embocarme
la maula. Pues, hijo mio,
desásnale tú si quieres.
D. Marc. Yo, ademas de Joaquinito,
tengo á doña Catalina
que hace mes y medio vino
de Cádiz; y hasta que encuentre
casa.... Ya ves, su marido
fué amigo nuestro, y no creo
regular....
D. Onof. Nada: conmigo
no se viene. Es excusado
porfiar.
D. Marc. ¿No eres su tio
como yo?
D. Onof. Si te es gravoso,
desde este instante me obligo
á abonarte lo que gastes
con él; pero yo no admito

gaznápiros es mi casa.
Mejor quiero un tabardillo.

D. Marc. Ya he dicho que no es el gasto
lo que siento.

D. Onof. Y yo repito
que á mi lado no le quiero.

D. Marc. En tus haciendas de Pinto
puede estar.

D. Onof. ¿Y qué dirían
las gentes si algun domingo
me viniera á visitar
de tosco sayal vestido,
con montera, con polainas,
abarcas y vara en cinto,
y oyeran que me decía:
buenas tardes, señor tio?

D. Marc. No hay remedio. Es necesario
que yo le aguante: ¡Maldito
parentesco! Mantenerle
lejos de mí es un arbitrio
costoso. Al fin en la casa
se viene á gastar lo mismo
esté ó no esté; pero fuera.....

D. Onof. Eso quisiera el chiquillo;
asegurar la pitanza
y vivir á su albedrío,
Pero nuestro primo Bruno,
que la echa de compasivo,
¿no se le puede llevar?

D. Marc. No conviene. Mi designio
es muy diferente. Bruno
es viudo sin hijos, rico,
y amigo de sus parientes.
Ya sabes tú que Fabricio
nuestro hermano, que Dios haya,
tuvo cierto disgustillo

con él.

D Onof. Sí: cuando le echó
de su casa porque quiso
con sus prudentes consejos
salvarle del precipicio.

D. Marc. Riñeron. A pocos meses
su indolencia, su prurito
de brillar, y la aprehension
que le hicieron dc un navío
fletado por él con carga
de géneros prohibidos,
fueron causa de su ruina
total.

D. Onof. Bien: y á este conflicto
siguió pronto el de la muerte
de su mujer; y Fabricio
enfermó de pesadumbre;
murió ya puesto en camino
para los baños de Caldas;
y le enterraron; y su hijo
Cándido, viéndose solo,
desamparado, aburrido,
viene á comernos un lado
á título de sobrino.
Pero todo esto....

D. Marc. El pobrete
haría sin duda juicio
de ser recibido mal
de Bruno. Por eso vino
á Madrid, y ni siquiera
una visita le hizo
al pasar por Zaragoza.

D. Onof. Con todo no le imagino
capaz de desampararle.

D. Marc. Pero si yo se le envío,
no solo le admitirá

con placer y con cariño;
sino que podrá dejarle
algun dia, con perjuicio
de Plácida, cuanto tiene:
y esto es lo que determino
evitar á toda costa.

D. Onof. Cuando Cándido era niño
como un padre le quería.

D. Marc. Es cierto; pero hace un siglo
que no le ve.

D. Onof. Y dime: ¿sabe
que está aquí?

D. Marc. ¡Qué desatino!
No se lo diré yo nunca.

D. Onof. Pero... ¿Y si le escribe el chico?

D. Marc. No lo hará, te lo aseguro,
porque yo no me descuido
en prevenir al muchacho
contra él.

D. Onof. Ya; tú habrás dicho
para tí: la caridad
se entiende consigo mismo;
y el prójimo que se dé
contra una esquina.

D. Marc. Es preciso
que me ayudes á inclinarle
á mi favor.

D. Onof. Ya le he escrito
que Plácida es un tesoro
de virtudes, un hechizo.
Y mis elogios por cierto
no son muy equitativos;
porque es una linda maula.
Ahora cuatro reglончitos
contra Cándido: ¿no es esto?
y negocio concluido.

Pero si se le antojára
venirse....
D. Marc. No: no hay peligro.
Es muy viejo. — En todo caso
nunca vendrá de improviso,
y podremos....
D. Onof. Ya; ya entiendo.
¿Y dónde está tu pupilo?
D. Marc. Salió con Juliana.
D. Onof. ¡Calla!
Aquí está. ¡Qué compungido!
¡qué humilde!

ESCENA II.

Los precedentes y don Cándido (1).

D. Onof. ¡Ola, buena pieza!
¿Cómo vienes tan marchito?
¿Dónde has dejado á tu tia?
D. Cánd. A la mitad del camino
me dijo que no gustaba
de acompañarse conmigo.
D. Onof. Habrás hecho de las tuyas.
D. Marc. Cuando ella te ha despedido
por algo será.
D. Onof. La habrás
avergonzado.
D. Marc. Habrás dicho
mil necedades.
D. Cánd. Dios sabe
que yo....
D. Marc. Calla.
D. Cánd. ¡Ah! Yo suplico

---

(1) Muy mal equipado.

á ustedes....

D. Onof. Cállese usted.
Es un enorme delito
disculparse de ese modo.

D. Cánd. (1) Paciencia.

D. Marc. Sí: ya está visto
que no haré carrera de él.

D. Onof. Con ese aire de novicio
No pienses que nos engañas,
¡hipocriton!

D. Cánd. (2) ¡Qué martirio!

D. Onof. ¿Qué murmuras entre dientes?
Vehementísimo indicio
de tu culpa es tu silencio.

D. Cánd. Pues bien: ¿cuál es mi castigo?
¡Si callo soy delincuente,
y ofendo cuando replico!

D. Onof. Ni callar, ni replicar.

D. Cáud. Eso es imposible, tio.

D. Marc. Vamos; será necesario
tomar con él un partido.

D. Onof. Sí, sí: por incorregible
debe echársele á un presidio.

D. Marc. Aquí viene mi mujer
y nos dirá lo que ha habido.

ESCENA III.

Los precedentes y doña Juliana.

Doña Jul. ¡Jesus, qué sofocacion!
¡Jesus, Jesus qué sobrino! (3)

D. Onof. ¿Qué te ha hecho ese bergante?

Doña Jul. ¡Nunca le hubiera yo dicho

---

(1) Aparte. (2) Idem. (3) Se sienta.

que me acompañára ! ¡ Nunca
hubiera á casa venido !
Empeñado el muy zoquete
en ir siempre al lado mio
como si fuera un cortejo.
¡ Ah ! ¡ qué afrenta ! ¡ qné suplicio !
Por mas que haciéndole estaba
señas con el abanico
para que detrás viniera,
no he podido conseguirlo.
Ya se lo iba á decir claro
al pasar por los Basilios,
cuando de manos á boca
me encuentro con don Faustino
y Conchita su mujer.
¡ Entonces fué el compromiso !
Como ella es tan criticona
y tan vano su marido,
temía que ese señor
dijera algun desatino
ó les diera á conocer
que era mi pariente. Quiso
mi fortuna, ó mi desgracia
mas bien, que como es el niño
tan huraño y tan agreste,
sin dar lugar á mi aviso
se quedó á cierta distancia.
Con esto me tranquilizo,
y despues de saludar
á mi amiga con cariño
la propongo me acompañe
esta tarde en el Retiro,
cuando me agarra del brazo
ese záfio de improviso
y me dice: ¡ tia, tia !
¡ un coche ! Pronto, de un brinco

pase usted á la otra acera.
No sentí tanto el peligro
como verme abochornada
de tal modo. No he tenido
rato mas malo en mi vida.
Estoy echa un basilisco.
¡Que atrevimiento! ¡En la calle
llamarme tia, y á gritos!

D. Cánd. No podía imaginar
que usted se hubiera ofendido
de que la llamase tia.
Ahora, si es un delito
el ser pariente de usted
porque en el mundo no brillo,
eso es otra cosa; pero
señora, si no soy rico,
¿cómo lo he de remediar?
Esta pobreza en que gimo
no es consecuencia funesta
de algun vergonzoso vicio.
¡La muerte de un tierno padre
solo me deja el conflicto
de llorarla, y la desgracia
de ser gravoso á mis tios!
Yo quisiera....

Doña Jul. Yo quisiera
que fuera usted mas sumiso
y algo menos bachiller.
Sí señor: así lo exijo.
¿Conque despues que le estamos
colmando de beneficios
aun nos viene usted con fieros?
Vaya, ¿si será preciso
que le pidamos perdon?
Cuando usted haya aprendido
á tratar con las señoras;

cuando sea usted tan fino
como su primo Joaquin,
merecerá mi cariño,
y no me desdeñaré
de llamarle deudo mio.
Pero no siendo elegante,
gracioso, amable, cumplido,
como él lo es; no entendiendo
el país de un abanico;
no sabiendo dar su voto
sobre el gusto de un vestido,
ni bailar un rigodon,
ni trinchar un palomino,
que me llame usted su tia
formalmente le prohibo.

D. Onof. Dice muy bien.

Doña Jul. Y cuidado
con no serme tan altivo.
Cuidado con respetar
el menor de mis caprichos.
Si no acomoda, ya puedes
tomar la puerta. Clarito.

ESCENA IV.

Los precedentes menos doña Juliana.

D. Marc. ¿Ves á lo que das lugar
con tu imprudencia? Es preciso
enmendarse. ¿Qué te cuesta
darla gusto? ¿Qué perjuicio
te se sigue de ser dócil,
callado, humilde, expresivo
y cariñoso con ella?
Si se indispone contigo
es por tu bien. — Por ahora

tus desaciertos olvido
y te quiero perdonar.
Procura no repetirlos
si deseas conservarte
en mi gracia. — Harto te digo.

ESCENA V.

Don Onofre, don Cándido.

D. Onof. La reprimenda no es floja;
¡pero vanos raciocinios! —
A tí nada te hace mella.
Yo no sé á quien has salido:
tan torpe, tan vigardon,
tan iugrato, tan arisco,
tan.... ¡Qué veo! ¿Estás llorando?
¡Ay que gracia de angelito!
Vamos, desmáyate ahora. —
¡Cuidado que es un prodigio
el muchacho! Con mas cuartos
que un arriero vizcaíno,
¡llorar como una madama!
¿Y piensas que no concibo
que ese llanto es de soberbia?
¡Muy bien! ¡Estamos lucidos! —
¡Sobre que ya no se puede
hacer bien en este siglo.
D. Cánd. ¡Ah señor! El hacer bien
nunca....
D. Onof. Calla, que me irrito.
Tú has venido á deshonrarnos.
Mi hermano hizo un desatino
en recibirte en su casa
y darte el pan de sus hijos.
¿Si querrás que te contemplen

y que te traten con mimo?
Vaya; ¡no faltaba mas!
¿Por qué no naciste obispo?
Él te llena la bartola,
y yo te calzo y te visto.
¿Pues qué mas quieres? Peor
fuera estar en el hospicio. —
¡Ah! ¡qué bien dice el refran!
Al que Dios no le da hijos,
para purgar sus pecados
el diablo le da sobrinos.

ESCENA VI.

D. Cánd. No es posible tolerar
tratamiento tan indigno.
Me avergüenzo del estado
de humillacion en que vivo,
y solo la fuga puede
salvarme del precipicio
á que tantas sinrazones
me conducen de contínuo.
Huyamos; ¡sí! Poco pierdo
en dejar tan triste asilo.
Mejor es morirme de hambre
que depender de mis tios.

ESCENA VII.

Don Cándido (1), *don Joaquin* (2).

D. Joaq. Perfectamente. No puede

(1) Triste y pensativo á un extremo de la escena.
(2) Sale de su cuarto leyendo un papel con direccion á la habitacion de doña Catalina.

estar mejor. Yo me pinto
solo para hacer sonetos.
Ni Xerxes, ni Tito Livio
sirven para descalzarme.
¡Es mucho númen el mio!
Se lo voy á presentar....
¡Ola! Buenos dias, primo.
Me alegro mucho de verte.
Ya sabes tú que me pico
de poeta. Vas á oir
este soneto que he escrito
á nuestra huéspeda amable
casi casi de improviso.
Oye, ¡y verás qué conceptos
tan armoniosos! ¡qué estilo
tan bien medido! ¡qué rima
tan sentimental!

D. Cand. Amigo,
no estoy de humor para coplas.
Déjame.

D. Joaq. Yo necesito
tu aprobacion.

D. Cánd. Yo le apruebo
desde ahora sin oirlo.

D. Joaq. No importa. Es un gefe de obra,
y lo has de oir.

D. Cand. (1) Estoy frito.

D. Joaq. (2) Por mirarte con lúbrico entusiasmo
Corta la parca mi vital estambre.
Me voy quedando ya como un alambre
Y tú tienes la culpa. (No me pasmo.)
De tu desden el rígido sarcasmo

(1) Aparte.
(2) Leyendo.

En materias de amor me mata de hambre;
Y, cual si fueras cálido fiambre,
No te puedo mirar sin pleonasmo.
Ni Venus misma con su hermoso físico
Merece ser de Catalina el prólogo.
¿Pero has de permitir que muera tísico?
¡Ah! Bien puedo decir sin ser teólogo,
Segun me hieren tus miradas áridas,
Que tus ojos, mi bien, son dos cantáridas.
¿Qué tal? ¿se encuentran sonetos
de este mérito en los libros?
Lo del *cálido fiambre*
¿no te parece un prodigio?
Lo del *rígido sarcasmo*
¿no es un concepto exquisito? —
Confieso que el consonante
me tenía apuradillo.
Ya iba á abandonar la empresa
cuando á mi socorro vino
la palabra *pleonasmo*,
grave, de hermoso sonido,
y sobre todo oportuna. —
Eso de morirme tísico
es lo que enmendar quisiera; —
pero ya está puesto en limpio
y así ha de ir. — Vamos hombre:
todavía no me has dicho
qué te parece.
D. Cánd. ¿No acabas
de ponderarle tú mismo?
D. Joaq. No importa. Yo soy modesto,
y á tu fallo me remito.
D. Cand. ¿Podré decir sin rebozo
mi dictámen?
D. Joaq. Sí, sí; dilo.

D. Cánd. Pues bien: á mí me parece
cada verso un desatino.
D. Joaq. ¿Te burlas, hombre?
D. Cánd. No estoy
para burlas. Lo repito:
tu soneto es detestable.
D. Joaq. Solo un hombre tan borrico
como tú diria eso.
Vamos; bien dice mi tio,
que la miseria embrutece
á las gentes.
D. Cánd. Si has creido
impunemente insultarme,
te equivocas, Joaquinito.
D. Joaq. ¡Ola! ¿Conque eso es decir
que te batirás conmigo?
Pues bien; corriente. No doy
por tu vida dos cominos.
¿Cómo quieres que riñamos;
á cuchilladas, ó á tiros?
Elige: ¿dónde ha de ser,
en el campo ó aquí mismo?
Testamento no le harás,
se supone: esto lo digo
porque no tienes de qué.
¿Piensas buscar un padrino?
¿Quieres que.... —
D. Cánd. No quiero nada.
Soy opuesto á desafíos.
Lo que quiero es que me dejes
en paz, y que tengas juicio.
D. Joaq. Al fin eres un gallina
sin honor y sin principios.
D. Cánd. Yo no conozco ese honor
que tanto los libertinos
decantan. En la virtud

únicamente le cifro,
y no en andar á estocadas
por tan frívolo motivo.
Yo sé respetar las leyes
y obedecerlas sumiso;
pero, aunque ves que no peino
bigotes, ni espada ciño (1);
ni llevo dos charreteras
que deslumbren con su brillo
en los bailes y en el Prado;
ni tengo hoja de servicios,
llena, no de campamentos,
de batallas y de sitios,
sino de hospitalidades,
deserciones y castillos;
desprecio á los fanfarrones
aunque con ellos no lidio,
y les doy de bofetadas
sin necesitar padrino.

D. Joaq. Pero hombre.... no te sofoques.
Nunca ha sido mi designio
que fuéramos á matarnos.
¡Qué disparate! ¡Dos primos!
Ya ves tú; los que tenemos
el genio así.... un poco vivo
nos excedemos á veces......
Vaya; vengan esos cinco
y olvidemos lo pasado,
Ya sabes tú que te estimo.

D. Cánd. Harto hago con aguantar
la injusticia de mis tios,
sin sufrir tus insolencias.
Procura en lo sucesivo

(1) Va acercándose á don Joaquin, y este retrocediendo.

tratarme con mas respeto,
porque si no.... (1) te confirmo.

ESCENA VIII.

D. Joaq. ¡Toma! Será muy capaz
de hacerlo como lo ha dicho. —
¿Quién habia de creer
que tuviera tantos brios
un pobreton? — No; con este
no es fácil sacar partido,
porque es capáz de dejarme
de un bofeton sin carrillos. —
Pero es mucha necedad
decir que no vale un pito
mi soneto. A bien que yo
estoy muy bien persuadido
de lo contrario, y me basta. —
¡Eh! Ya es tiempo de lucirlo
con la huéspeda. Yo voy
á leérselo ahora mismo. —
¿Y si Plácida lo sabe?
La voy á tener de hocico
quince dias. — ¿Qué me importa?
Si á la viudita conquisto,
que es hermosa, rica y jóven,
pronto con mi prima riño
y desbarato la boda;
y si no saco partido,
fácil me es desenojarla;
y mas estando los tios
de mi parte, y teniendo ella
tantas ganas de marido (2).

---

(1) Amenazándole á la cara.
(2) Entra en el cuarto de doña Catalina.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Doña Catalina, don Joaquin.

D. Joaq. ¿Conque no permite usted
que la acompañe?
Doña Catal. Mil gracias.
Me precisa salir sola.
D. Joaq. ¿Y no quedamos en nada?
Doña Catal. ¿Pues no le he dicho á usted ya
que su soneto me encanta?
¿No he dicho que hay en sus versos
mas bellezas que palabras?
Es verdad que muchas de ellas
á mi comprension escapan;
pero tienen cierto nervio
poético que arrebata:
y sobre todo la idea
mejor es cuando usted llama
cantáridas á mis ojos.
Es sublime. Me entusiasma.
D. Joaq. Sí: cantáridas de amor
que me pican y me abrasan.
Doña Cotal. Es un soneto estupendo
lleno de fuego y de gracia.
Usted debía imprimirlo.
D. Joaq. Ya se ve: de eso se trata.
Pronto vá á salir á luz

con mis poesías varias
así que haya reunido,
que esto lo hago en dos semanas,
materiales para un tomo.

Doña Catal. Siga usted con confianza
la carrera del Parnaso:
así con pluma y espada
será nsted en poco tiempo
el ornamento de España.

D. Joaq. Pero usted se desentiende
de la pasion que me inflama,
y hasta ahora no me ha dicho
si la aprueba, ó la desaucia.

Doña Catal. Segun eso, ¿usted me quiere?

D. Joaq. Esa pregunta me balda.
La quiero á usted con furor.

Doña Catal. ¡Ay que miedo! usted me espanta.

D. Joaq. ¿Tan feo soy?

Doña Catal. Nada de eso:
¿pero quién no se acobarda
con un amante furioso?

D. Joaq. Esto es ponderar mis ansias
usando de una figura
retórica que se llama
Sinalefa.

Doña Catal. ¡Ah! bien: ya estoy
mas tranquila. Yo pensaba,
como es usted militar,
que enamorar á las damas
era para usted lo mismo
que asaltar una muralla.

D. Joaq. ¡Qué dicha fuera la mia
si esa mano delicada.... (1)

(1) Quiere tomársela y ella la retira.

Doña Catal. Verdad es: déjela usted,
que se quiebra si la palpan.
D. Joaq. Perdone usted, señorita.
El cariño me arrebata.
Yo apasionado, usted bella....
En fin el diablo las carga. —
Como me quisiera usted,
dejaría á diez muchachas
que están perdidas de amores
por mí.
Doña Catal. La fineza es rara.
Fuerza es que yo valga mucho
para desbancar á tantas.
¿Y dejará usted tambien
á su prima cuando trata
de ser su esposa?
D. Joaq. Señora,
no crea usted tal patraña.
Mi mano no es para ella. —
Si mi hermosa gaditana
la aceptára, yo sería
mas dichoso que un monarca.
¡Ah! Sáqueme usted de penas,
Catalinita de mi alma.
¿Dirá usted que sí? Si no
voy á meterme en la trapa.
Doña Catal. Sería lástima.
D. Joaq. Vamos;
¿qué resuelve usted?
Doña Catal. ¿Yo? — Nada.
D. Joaq. ¡Y con esa frialdad! —
¿Piensa usted que hablo de chanza?
D.ª Cat. ¿Qué quiere usted? ¡Soy tan fria!
D. Joaq. (1) Sí. Lo mismo que una fragua.

---

(1) Aparte.

¿No mereceré de usted
que me responda?
Doña Catal. Mañana.
D. Joaq. ¿Mañana?
Doña Catal. O cualquiera dia.
¿Tiene usted prisa?
D. Joaq. Usted trata
de que yo me vuelva loco. —
Vaya; por ahora basta.
¿Pero podré concebir
alguna dulce esperanza?
Doña Catal. Sí señor: espere usted
cuanto le diere la gana.
¿Quién se lo puede estorbar?
D. Joaq. Señora.... Infinitas gracias.
Beso á usted los pies. — (1) ¡Qué chusca
es la andaluza! ¡Caramba!

ESCENA II.

Doña Catal. ¡Qué "apunte" es el capitan!
¿Si pensará que me engaña?
¡A buena parte se arrima!
¿Pensará que soy tan fátua
como su prima? Otras prendas
han de tener, otras gracias
mas sólidas los que aspiren
á mi amor. Si él penetrára
mi corazon......

ESCENA III.

Doña Catalina, don Cándido.

D. Cánd. Buenos dias
señorita.

(1) Aparte.

Doña Catal. Yo pensaba
que ya se habia usted muerto.
¡Cómo! ¡En toda la mañana
no saludar á su amiga!
D. Cánd. Disimule usted mi falta.
Quiso que la acompañase
mi tia doña Juliana;
y entre ella y los otros tios
despues una hora larga
me han estado predicando
como acostumbran.
Doña Catal. ¡Canalla!
Hoy mismo me he de mudar
aunque sea á una posada
por no verlos. ¡Qué mal hice
en ceder á las instancias
de don Marcelo!
D. Cánd. A un esclavo
no tratarian con tanta
inhumanidad.
Doña Catal. ¡Infames! —
¿Aún no ha tenido usted carta
de don Bruno?
D. Cánd. No señora.
Con bastante repugnancia
le escribí, como usted sabe,
y así no extraño que se haya
desentendido. Mi tio
don Marcelo no me engaña.
Él me aborrece: él recuerda
mas bien que mi suerte infausta
la enemistad de mi padre.
¡Ah! ¡Todos me desamparan! —
Pero usted iba á salir
y no debo molestarla.
Doña Catal. No señor; no tengo prisa. —

Usted no ha perdido nada
en escribir á don Bruno.
No hay duda que si trataba
de estorbarlo don Marcelo,
es porque, teniendo fama
de rico y caritativo,
y siendo tan avanzada
su edad, temia que usted
alguna parte heredara
de sus bienes. En verdad
ya me parece que tarda
en contestar. Sin embargo
no pierdo las esperanzas.—
Y si al fin es tan *pariente*
como los demas, no faltan
jamás al hombre de bien
almas benignas y francas
que, sin ser tios ni primos,
se duelan de sus desgracias.—
Don Cándido, nadie sabe
lo que le espera mañana.
La fortuna es caprichosa,
pero no siempre es ingrata.

D. Cánd. Usted dirá lo que quiera;
pero yo no tengo tanta
filosofía. No sé
lo que la suerte me guarda.
Lo cierto es que sobre mí
todas las desdichas cargan,
y en vano es alimentarme
de ilusiones y fantasmas.

Doña Catal. ¿Ilusiones?—Bien: hablemos
de otro asunto. En confianza
voy á descubrir á usted
cosas de mucha importancia.
Sepa usted que he desbancado

á su cara prima. — Vaya;
¿no celebra usted mi triunfo? —
¿Por qué pone usté esa cara?

D. Cánd. Señora....

Doña Catal. ¿Lo siente usted?

D. Cánd. (1) Yo no sé lo que me pasa.

Doña Catal. ¿Tomaría usted á mal
que yo fuese capitana?

D. Cand. Yo quisiera.... que usted fuese
feliz.

Doña Catal. Y si me casára
con don Joaquin, ¿lo sería?

D. Cánd. Yo no lo sé. — ¿Usted le ama?

Doña Catal. Yo... ¿Qué me aconseja usted?

D. Cánd. Señora, ¿á usted le hacen falta
mis consejos para amar?
No he visto cosa mas rara.
Yo pensaba que el amor
era una pasion tirana
que, sin consultar á nadie,
subyugaba nuestras almas.

Doña Catal. ¿Y de quién lo sabe usted?

D. Cánd. De mí mismo.

Doña Catal. ¡Calla, calla!
¿Usted tambien tiene amor?

D. Cánd. Sí señora. ¿Usted lo extraña?

Doña Catal. ¿Y es usted correspondido?

D. Cánd. No señora.

Doña Catal. ¡Con qué calma
lo dice usted!

D. Cánd. ¿No sería
la mayor extravagancia
desesperarme por eso?
¿Me habré de colgar de rabia

---

(1) Aparte.

por dar gusto á mi rival?

Doña Catal. ¿Pero quién es esa ingrata?

D. Cánd. Usted.... la conoce mucho
yo no me atrevo á nombrarla.

Doña Catal. ¿Sabe ella que usted la quiere?

D. Cánd. Yo no la he dicho palabra;
y ahora me alegro mucho.

Doña Catal. Pues alabo la cachaza.
¿Esperaba usted acaso
á que ella se declarára?

D. Cánd. Mi situacion....

Doña Catal. Es usted
un pobre hombre.

D. Cánd. Yo temblaba....

Doña Catal. Pues qué, ¿es alguna serpiente?

D. Cánd. Si fuera yo con las damas
tan feliz como Joaquin....

Doña Catal. Será con las que se pagan
del oropel engañoso,
de la frívola elegancia,
de la necia afectacion,
y, en fin, de apariencias vanas.
Pero yo que, aunque parezco
coqueta y atolondrada,
tengo el corazon muy limpio
y la cabeza muy sana,
distingo perfectamente
lo que es grano y lo que es paja;
y desprecio como debo
las ridiculas monadas
de un adonis confitado
con bucles y sin sustancia.

D. Cánd. Es decir que usted no quiere
á mi primo.

Doña Catal. Me estomaga,
me fastidia hasta no mas.

D. Cánd. ¿Y con todo usted aguanta
que la enamore! Y ¡tal vez
le pondrá muy buena cara!
Doña Catal. Quiero reirme á su costa.
Quiero dejar humillada
su insolente vanidad
y su impertinente audacia.
En fin, quiero consentirle
para darle calabazas.
D. Cánd. Yo sentiría en extremo
que usted con él se casára;
y temía....
Doña Catal. No, hijo mio:
no soy yo tan insensata.
¿Pero de ese sentimiento
se puede saber la causa?
D. Cánd. ¿Pues no sería dolor
que una señora adornada
de tantas amables dotes
de ese mico se prendára?
Doña Catal. Ya se ve: y usted se explica
con tanto interés, con tanta
energía, que cualquiera
diría....
D. Cánd. ¿Qué?
Doña Catal. Que usted no habla
con mucha imparcialidad.
D. Cánd. Y puede ser que acertára,
porque el amor....
Doña Catal. (1) ¿Qué? ¿Qué dice
usted del amor?
D. Cánd. ¿Yo?... Nada.
Quise decir otra cosa.
Doña Catal. No señor: usted me engaña.

---

(1) Afectando enojo.

Y si no, por qué razon
me mira, se turba y calla?
D. Cánd. ¿Y usted qué motivo tiene
para ponerse encarnada?
Doña Catal. Usted se muere por mí,
y finge que no me ama.
D. Cánd. Y á usted quizá no le pesa,
aunque finge que se enfada.

ESCENA IV.

Los precedentes y D. Onofre.

D. Onof. ¡Voto vá! Hoy he descuidado
mi visita cotidiana. --
¿Usted va á salir, mi vida?
Doña Catal. Sí señor, si usted no manda
otra cosa. Hasta despues.
D. Onof. Vaya usted con Dios, salada.

ESCENA V.

D. Onofre, don Cándido.

D. Onof. ¿Cáspita, qué aire de taco!
Hoy está la gaditana
de mal temple. Apostaría
á que alguna cerrilada
de las tuyas.... ¿Qué la has dicho?
D Cánd. ¿Yo? Ni una sola palabra
que la pueda incomodar.
D. Onof. ¿Si querrás enamorarla?
D. Cánd. Bien pudiera ser.
D. Onof. ¿Qué es eso?
D. Cánd. ¡Bueno! Y porque yo la amára

sería......

D. Onofre. Sería un crímen;
sería una petulancia
ridícula, extravagante,
y si yo lo averiguara
te costaría bien caro.
Pues qué, ¿así se cogen gangas?
¡Vaya! Conque yo, que soy
un señor de circunstancias;
gracioso, vivo, elegante,
y, aunque peino algunas canas,
robusto como una encina
y verde como una grama;
yo, que soy un propietario
y tengo sendas medallas,
no me atrevo á pretenderla
aunque me tiene hecho una ascua;
¿y tú, que eres un piojoso
sin chirúmen y sin gracia,
tienes la desfachatez,
¡pícaro! de requebrarla?

D. Cánd. ¡Tio, por Dios! Usted quiere
que me desespere y haga
una locura.

D. Onof. ¡A su tio
quererle soplar la dama!

D. Cánd. Si yo,....

D. Onof. ¡Bribon! ¿De este modo
tantos béneficios pagas?

D. Cánd. ¿Yo qué beneficios....

D. Onof. Pero
yo te cortaré las alas.

D. Cánd. ¿Quiere usted dejarme en paz?

D. Onof. Lo mismo eres que una tapia.
Ni consejos, ni desaires,
ni reprehensiones te bastan.

Eres incapaz (1). — Espera;
que no quiero que te vayas
sin oir todo el sermon. —
Hombre, ¡que sea tan crasa
tu estupidez! Si la viuda
tus necedades aguanta,
es por burlarse de tí.
¿No conoces la distancia
que hay entre los dos? — No sé,
no sé como tienes cara
para presentarte á ella.
Y así..., con tan mala traza.... —
¡Calla! ¿Qué veo? ¡Ya has roto
la levita!

D. Cánd. (2) Se me acaba
la paciencia.

D. Onof. Los ojales
desbaratados, las mangas
todas hechas un giron....
Esto pasa de la raya.
¿Hay valor para romper
en menos de tres semanas
una levita flamante? —
Diez años hará por pascua
que la estrené. En tanto tiempo
ni un desgarron, ni una mancha
se ha visto en ella; y con todo
casi siempre la llevaba.
¡Quién me diria que tú
tan pronto la destrozáras!
¿No es un cargo de conciencia?
Pues ya puedes remendarla,
porque yo no te doy otra.

---

(1) Quiere irse don Cándido y le detiene.
(2) Aparte.

D, Cánd. Tampoco yo la tomára.
D. Onof. Eso si: pobre y soberbio.
Aun querrás echarme plantas.
D. Cánd. Demasiado tiempo he sido
humilde con quien me trata
con tan poca caridad.

ESCENA VI.

Los precedentes y Plácida.

Plácida. Ya puedes sacar la cama
y los trastos de tu cuarto.
Prontito, que me hace falta
tenerlo vacío. ¿Entiendes?
D. Onof. ¿Qué prisa es esa, muchacha?
¿Quien le ha de habitar?
Plácida. Gertrudis
mi nodriza, que ahora acaba
de llegar de Villaverde.
¡Me quiere tanto! ¡Es tan guapa!--
Viene á pasar con nosotros
una corta temporada;
y no puedo menos....
D. Onof. Sí:
es necesario hospedarla
con toda comodidad. --
Al instante que se vaya
á su lugar, te prometo
que volverás á tu sala.
Mientras tanto en la guardilla
te acomodas, ó en la cuadra
con los mozos.
D. Cánd. No señor.
Yo le doy á usted las gracias
por su hospedage.—No pienso

dormir mas en esta casa.
D. Onof. ¡Ola! ¿Con humos me vienes?
D. Cánd. Tio, ya basta de infamias,
y ni de usted ni de nadie
quiero mas tiempo aguantarlas.
Conque así....
D. Onof. ¿Cómo se entiende?
¡Pícaro! ¿Tú me amenazas?
¿Tú me pierdes el respeto?
D. Cánd. Tanto es lo que usted me ultraja,
que si no fuera mi sangre,
y no mirara á sus canas....
D. Onof. ¡Insolente! ¡Galopin!—
¡Que no tuviera una tranca!

ESCENA VII.

Los precedentes, don Marcelo, doña Juliana.

D. Marc. ¿Qué es eso?
D. Onof. No tienes tú
la culpa, sino el que ampara
á un bribon, á un haragan.
Doña Jul. Pero bien, ¿cuál es la causa
de tantos gritos? Sepamos
quien....
D. Onof. Cria cuervos, Juliana,
y te sacarán los ojos.
Plácida. Mire usted; toda su rabia
es solo por que le he dicho
que desocupe su estancia
para alojar á Gertrudis.
D. Onof. Sí señor: y el muy canalla
se ofende de una medida
tan justa y tan necesaria;

y me levanta la voz,
y se me sube á las barbas.

D. Marc. Mira que ya estoy cansado
de sufrirte.

Doña Jul. Sí: ya basta
de contemplaciones. Yo
no estoy para templar gaitas.
¡Ola! de fuera vendrá
quien nos echará de casa. --
Pues, hijo mio, desde hoy
libro nuevo: yo soy clara.
Si te hemos de mantener,
has de ver como lo ganas.
Aquí nos sacrificamos
Por tí, pero tú no tratas,
ya que no nos das decoro,
de complacernos en nada.
Se acabó la sopa boba.
¿Lo entiendes? Desde mañana
me harás la compra, hijo mio;
que no está lejos la plaza,
ni creo yo que por esto
la venera te se caiga;
y despues.....

D. Cánd. Piadosos tios,
benigna doña Juliana,
amable primita, escuchen
ustedes cuatro palabras. --
Yo, no lo puedo negar,
soy mas pobre que las ratas;
pero, aunque huérfano y pobre,
tengo vergüenza, á Dios gracias.
El pan que me dan ustedes
de malditísima gana,
ese pan que á todas horas
me echan ustedes en cara,

yo me lo sabré buscar
sin deber á ustedes nada:
yo lo tendré sin bañarle
con mis lágrimas amargas.
Yo serviré, sí señores;
pero será sin infamia:
no á parientes despiadados,
sino á mi Rey y á mi patria.
No espero grandes riquezas,
sino peligros y balas;
pero tendré pan y gloria;
que para un soldado basta.
Yo viveré muy gozoso
con mis bravos camaradas,
sin un tio don Marcelo
que siempre ingrato me llama,
cuando peor veinte veces
que á su caballo me trata.
Sin un tio don Onofre
que me insulta y me regaña
sin dejarme responder,
haya motivo ó no le haya:
que me ha dado una levita
achacosa, derrotada,
y tan raida, que solo
de cepillarla se rasga;
y con todo es tan tacaño
que por nueva me la pasa,
y de verla destruida
se escandaliza y se espanta.
Viviré lejos de un primo
tan pedante como mándria,
que desafía á las gentes
si sus sonetos no alaban,
y luego pide perdon
al que no teme bravatas.

Lejos de una prima tonta,
superficial, sin crianza,
impertinente, aturdida.
Lejos en fin de una vana
y quijotesca señora,
que como esclavo me manda,
y cuando la llamo tia
se enfurece ó se desmaya.—
A todas estas verdades
una que añadir me falta:
cuando uno tiene parientes
de tan perversas entrañas,
no conoce la vergüenza
ni el honor, si los aguanta.

ESCENA VIII.

Los precedentes menos don Cándido.

D. Onof. ¡Qué sarta de desvergüenzas!
¿y hemos podido tragarlas
sin romperle las narices?
Plácid. ¡Llamarme á mí mentecata
y superficial!
D. Marc. Yo siento
que haga una calaverada.
D. Onof. Y bien; ¿qué le hemos de hacer?
Doña Jul. Bendito de Dios se vaya,
y no parezca en su vida.—
Vamos á comer.
D. Marc. ¿No aguardas
á la huéspeda?
Doña Jul. La tiene
convidada su paisana.
Vamos.—Desde hoy habrá paz
y alegría en esta casa.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Doña Juliana, Plácida, don Joaquin, Ines.

Doña Jul. Vamos, que hace buena tarde.
Ponte bien esa mantilla.
Plácida. ¿Al Retiro?
Doña Jul. Sí.
Plácida. ¿Y papá?
Doña Jul. Ya se marchó á las Delicias
con tu tio don Onofre.
Plácida. Oyes: cuida mi perrita,
Inés. Bien está.
Doña Jul. ¿Que tienes tú,
Joaquin? ¿Estas triste?
D. Joaq. Tia,
tengo un esplin de mil diablos.
Plácida. Esa tristeza imprevista
bien sé yo de donde nace.
Como doña Catalina
no nos aconpaña..... ¿Piensas
que aunque soy una chiquilla
se me escapa nada?
D. Joaq. ¡Vaya,
que has tomado una manía
particular! Mi cariño
solo tú, amable primita,

lo mereces. — (1) ¿No es verdad?
Doña Jul. ¿Quien hace caso de niñas?
D. Joaq. La viudita, bien mirado,
no es una grande conquista;
y como quisiera yo,
tal vez.... pero me fastidia.
Plácida. ¿Por qué?
D. Joaq. Porque sabe mucho.
Plácida. Ya; tú las buscas tontitas
para engañarlas mejor.
D. Joaq. ¡Qué disparate!
Plácida. Pues mira:
basta que mamá lo manda,
te amaré toda mi vida
como tú me seas fiel;
mas si sé que solicitas
á la viuda, hago las paces,
aunque la mamá me riña,
con el cadete de guardias
que despedí el otro dia.
D. Joaq. No; no llegará ese caso,
dulce y adorada prima (2),
Doña Jul. ¡Niños, niños! poco á poco.
D. Joaq. No se enfade usted, tiita (3).
Ya ve usted: ¡tengo este genio
tan bullicioso! — ¡Qué linda
carretela le han traido
de París á Taravilla
mi amigo el marques del Junco!
¡Preciosísima! Daría
cualquiera cosa.... — ¡Ah! ¿No saben
ustedes una noticia?

---

(1) A doña Juliana.
(2) Abrazándola.
(3) Acariciando á su tia.

¡Cosas como las que pasan
en el mundo! La sobrina
de don Claudio el boticario
salió antes de ayer á misa
y no ha vuelto á parecer.
Su padre está echando chispas.
Anoche me lo dijeron
en casa de doña Higinia. —
Por cierto que desde entonces....
¡Tengo una suerte maldita! —
¿No sabe usted quién tallaba?
El teniente de milicias
don Toribio. ¡Vaya un cuco!
Se empeñó en echar *judías*
y perdí sesenta pesos;
pero me cayó una rifa.

Doña Jul ¿Sí? ¿Y es cosa de valor?

D. Joaq. No señora: media libra
de cigarros. — ¡Qué bien toca
el piano Dolorcitas!
Su hermano es un botarate. =
Me han dicho que la modista
de ahí enfrente baila bien;
y, aunque está comprometida
con un cesante de Propios......

Doña Jul. ¡Jesus qué tronera! ¿Olvidas
que te estamos esperando?

D. Joaq. Tiene usted razon. — Matías.

ESCENA II.

Los precedentes, Matías.

Matías. Mande usted, mi capitan.

D. Joaq. El sombrero, date prisa
y el sable.

Matías. Voy al instante.

ESCENA III.

Los precedentes, menos Matías.

Plácida. ¿Si veremos á Conchita?
D. Joaq. ¿Qué habrá sido de mi primo?
Doña Jul. No me hables de él; que me indigna
su memoria. Aunque le vea
llorar á lagrima viva
y pedirme mil perdones,
no haya miedo que le admita
en mi casa.
D. Joaq. Ha sido un bruto.
Él ha perdido una viña
con dejar á ustedes. No;
no hará tan buena barriga
en el cuartel, y si da
con un cabo loco....

ESCENA IV.

Los precedentes y *Matías* (1).

D. Joaq. Quita
esa funda, majadero (2). —
Él ya ha hecho la tontería
de sentar plaza á esta fecha. —
¡Eh! Su letra no es malita,
y tiene buena figura,

---

(1) Con el sombrero y el sable.
(2) Toma el sombrero; Matías quita la funda al sable.

¿Quién sabe? si no se vicia
puede ser que haga carrera.
Con veinte añitos que sirva,
basta para ser sargento.
Entonces ya es otra vida:
¡y luego el premio de nueve! --
Vamos, trae. (1) — Solicita
una plaza en el resguardo;
la consigue; se retira,
y es feliz. — Eh, ya estoy listo.
Venga la mano.

Doña Jul. A tu prima;
que yo bajo muy despacio (2). --
Cuida de casa, Inesilla. —
¡Qué talentazo de joven!
¡qué imaginacion tan viva!
¡qué gracia! Vamos; él es
la honra de la familia.

ESCENA V.

Inés, Matías.

Inés. ¡Jesus qué gente, Dios mio!
No sé como hay quien los sirva.
¡Y qué compasion me da
don Cándido! ¡Qué injusticias,
qué perrerias ha hecho
con él! — Al cabo le obligan
á una desesperacion.

Matías. Tienen muy malas partidas
estos señores.

Inés. ¡Qué bien

(1) Toma el sable y se lo ciñe
(2) Vanse don Joaquin y Plácida.

hace en perderlos de vista!
Da lástima, porque al cabo
se crió en buenas mantillas;
pero no digo un fusil,
el presidio de Melilla
es mas dulce que aguantar
parentela tan indigna.
¡ Pobrecito! ¡ Y á tu amo
que es un loco, un mariquita,
libertino y jugador,
tantos agasajos! Ira
me da solo de pensarlo.

Matías. Pues no sabes todavía
lo que es bueno. Yo pudiera
decirte ciertas cosillas....

Inés. ¿Sí? Dímelas.

Matías. No me atrevo.

Inés. Hombre, ¿de mí no te fias?

Matías. Si sabe que le descubro
me arrea un pie de paliza
que no me podré lamer.

Inés. Nada de cuanto me digas
se sabrá, que, aunque criada,
soy de chismes enemiga,
y sé guardar un secreto.

Matías. Pues escucha: en Algeciras
se jugó siete mil reales
que eran de la compañía,
y por eso estuvo un año
en el fuerte de Chinchilla.
Cuando volvió al regimiento
le nombraron de partida
para perseguir ladrones,
vagos y contrabandistas;
y á todos les daba suelta
si largaban la propina.

¡Vaya un modo de robar
entre él y el sargento Diaz!
Otra vez tuvo un bromazo
en Cabra; cogió una chispa,
y le dió por ser valiente,
y eso que él es muy gallina
con todos menos conmigo.
Entró en casa de unas tias
á la tremenda y al golpe,
mas prontito que la vista
le quitó el sable un paisano
y le llevó calle arriba
á leñazos. -- ¡Cá! No he visto
hombre mas malo en mi vida.
Los soldados no le quieren;
los cabos le tienen tirria;
los sargentos le desprecian;
los subalternos le silban;
los capitanes le escupen
y los gefes le castigan.
Cuando no está preso le andan
buscando, y él cada dia
es peor. Mas trampas tiene
que un sastre dice mentiras,
y en su hoja de servicios
mas notas feas que líneas.

Inés. ¿Y cómo está tanto tiempo
fuera de su cuerpo?

Matías. Chica,
yo no sé. Él lo que es licencia
para Madrid, la tenía;
pero hace ya cuatro méses
que se acabó.

Inés. Si averiguan
su historia....

Matías ¡Oh! Sí; nos despiden

á patadas.
Inés. A él le estiman
solo por las charreteras;
y si un dia se las quitan....
Matías. Mas seguro tendrá eso
que un ascenso....
Inés. Le estaría
muy bien al tonto de mi amo
que le atrapase la hija
y....
Matías. Buen provecho. ¿A nosotros
qué se nos da?
Inés. A mí maldita
la cosa (1).
Matías. Pues á mí....
Inés. Chito,
que están llamando. Anda, mira
quien es.

ESCENA VI.

Inés. ¡Qué diablo de casa!
Como doña Catalina
me quisiera recibir....
Ella es.

ESCENA VII.

Doña Catalina, Inés.

Doña Catal. ¿Y la familia?
Inés. Han salido á pasear.
Doña Catal. ¿Y tambien con ellos iba

(1) Suena la campanilla.

don Cándido?

Inés. Segun eso,
¿No sabe usted todavía
lo que pasa?

Doña Catal. No sé nada.

Inés. Se ha marchado, señorita,
y acaso no volveremos
á verle. Como una niña
he llorado. Sus roñosos
tios y su insulsa prima
le han ajado hasta no mas,
le han hecho mil felonías,
y por fin han apurado
su paciencia. -- ¡Dijo que iba
á sentar plaza!

Doña Catal. ¡Qué dices!
¿Y no hubo un alma benigna
que le detuviera? ¡Infames!

Inés. No señora. A sangre fria
su resolucion oyeron,
y tienen tan malas tripas
que permitieron se fuese
sin comer.

Doña Catal. ¡Que Dios asista
á una gente tan perversa!
Nada de esto pasaría
si hubiera estado yo en casa. --
¡Oh vanidad! ¡Oh avaricia
detestable! -- Acaso yo
soy causa de su desdicha;
¡yo que á hacerle venturoso
estaba tan decidida!
¡Infeliz! Ya será tarde. --
Si yo pudíera.... Matías
acaso le encontrará. --
Corre: que le busque aprisa

por todo Madrid. ¿Entiendes? (1)
Y si le vé, que le diga....
Mira primero quien llama.

ESCENA VIII.

Doña Catal. Las leyes de la milicia
son tales, que si obcecado
en las banderas se alista,
en vano..... ¡Qué veo! Él es.
¡Ay Dios! ¿si serán tardías
mis lágrimas?

ESCENA IX.

Doña Catalina, don Cándido.

Doña Catal. ¡Es posible,
don Cándido! ¿Usted olvida,
usted quiere abandonar
á su verdadera amiga?
D. Cánd. Así lo quiere, señora,
la insufrible tiranía.
de mis parientes. No hay nada
que me acobarde ó me aflija
en la penosa existencia
que me aguarda. Las fatigas,
las privaciones, los riesgos
serán para mí delicias
lejos de esta gente. -- Acaso
culpará usted la medida
que he tomado; pero yo
la considero precisa
para salvar mi virtud

(1) Suena la campanilla.

que he visto comprometida
tantas veces. Si me quejo
de mi fortuna mezquina
usted sabe bien por qué,
sin que mi lengua lo diga.
Usted que vé en este instante
el fondo del alma mia.

Doña Catal. ¿Conque en fin ya no hay remedio?
¿Nos deja usted?

D. Cánd. Sí: reciba
usted mi postrer adios. —
En la tienda de la esquina
me han dicho que á pasear
salió toda la familia;
y por eso me he atrevido
á subir.

Doña Catal. Muy ofendida
debo estar de un proceder
tan injusto. ¿No era digna
de que usted me consultase
primero? ¿Yo sufriría
que el mejor de mis amigos
pereciese, siendo rica,
compasiva y generosa,
aunque lo diga yo misma,
mas que todos los parientes
del mundo?

D. Cánd. No me atrevía
á comprometer á usted.

Doña Catal. Esa es una intempestiva
delicadeza, que yo
llamo orgullo ó cobardía.
En fin ya es usted soldado. —
¡A bien poco se limita
su ambicion!

D. Cánd. Aun no lo soy.
Doña Catal. ¡Cómo....!
D. Cánd. Ya estaba extendida
la filiacion; pero el gefe
cuando iba á poner mi firma
me mandó volver mañana,
diciendo que así tendría
lugar de pensarlo bien.
Doña Catal. No me paga usté en su vida
el mal rato que me ha dado.
D. Cánd. Salí pues de la oficina,
y, resuelto á no mudar
de pensamiento, venia
á despedirme de usted.
Doña Catal. Agradezco á usted su fina
atencion. -- Vamos; ¿y ahora?
¿Es cierta la despedida?
¿Está usted determinado
á incorporarse en las filas
de los valientes?
D. Cánd. Señora....
Doña Catal. ¿Podrá usted con la mochila?
D. Cánd. Usted se burla de mí. --
¿Acaso es cosa de risa.....
Doña Catal. No hace mucho que he llorado:
deje usted que ahora me ría.
D. Cánd. ¿Qué escucho? ¿Yo he merecido
que la amable Catalina
llore por mí?
Doña Catal. Usted va á ver
si soy ó no soy su amiga.
Mire usted: -- yo no soy fea; --
¿cierto?
D. Cánd. Es usted peregrina;
es usted....

Doña Catal. Veinte y cinco años
no es una edad excesiva,
me parece.
D. Cánd. ¡Qué preguntas,
señora, á quien no respira
mas que amor y gratitud....!
Doña Catal. Yo tengo en Andalucía
haciendas considerables,
y en Castilla muchas fincas:
soy viuda, pero sin hijos:
detesto la hipocresía,
y me gusta divertirme,
pero nadie con justicia
puede tachar mi conducta....
D. Cánd. ¡Ah señora! ¡Qué prolija
digresion! -- Perdone usted:
ya sé á donde se encamina
ese discurso. Usted puede
juzgarlo por mi alegría
y por la dulce emocion......
Doña Catal. Me ha gustado mucho el clima
de Madrid.... —
D. Cánd. ¡Por Dios! ¿Qué tiene
que ver eso con mi dicha?
Doña Catal. Es decir que ya una vez
en la córte establecida,
y con tantas circunstancias
para excitar la codicia
de un novio, aspirar pudiera
á bodas muy distinguidas;
pero usted conocerá
que mi corazon se inclina.....
D. Cánd. Basta, señora: no puedo
mas. ¡Oh fineza inaudita!
¡Oh ventura! Yo era amado
de la hermosa Catalina;

¡y la pagaba tan mal
que de sus ojos huía!
Yo soy el mortal feliz
á quien su mano destina;
yo soy....
Doña Catal. Eh, poquito á poco,
señor mio. Usted delira.
Vaya, vaya; ¡pues me gusta
la ocurrencia! Usted creía
verse ya.... ¡Buenos estamos!
¡Caramba con el mosquita
muerta!
D. Cánd. (1) No sé donde estoy.
Doña Catal. Yo soy una buena amiga
de usted; una apasionada
que le protege y le estima;
pero estimacion y amor
son dos cosas muy distintas.
D. Cánd. Poco me debe estimar
quien así me martiriza;
quien se regocija en verme
padecer. — ¡Ah! yo creía
que era usted mas generosa.
Doña Catal. ¡Cómo! mi amistad se obliga
á facilitar á usted
una subsistencia digna
de su cuna y sus virtudes,
sin exigir que me sirva
ni me adule, á imitacion
de su despreciable tia.
Si esto no es ser generosa,
que venga Dios y lo diga.
D. Cánd. ¡Ah! Sí. -- ¿Pero usted presume

---

(1) Aparte.

que mi ventura se cifra
en eso solo?

Doña Catal. ¿ Pues qué
quiere usted ? ¿ Que yo le elija
para marido?

D. Cánd. ¡ Señora !.... --
quiero que usted me permita
rehusar sus beneficios.

Doña Catal. Está buena la salida.

D. Cánd. ¿ Qué me importan las riquezas,
¡ cruel ! con que usted me brinda
despues de oir el funesto
desengaño que me priva
de mi mas dulce esperanza ?
Yo no debí concebirla ;
es cierto, pero quizá
toda la culpa no es mia. -- (1)
Tal vez esa misma boca,
que ahora solo conspira
á mi desesperacion,
ha pronunciado propícia
acentos consoladores.
Esos ojos, que me inspiran
tanto amor, tal vez hoy mismo
el placer me prometian. --
Sea loca presuncion
en mí, ó en usted perfidia,
jurára que en este instante
mas amorosos me miran ;
y yo.... (2).

Doña Catal. Levántese usted,
que tocan la campanilla. --

---

(1) Se arroja á los pies de doña Catalina.
(2) Suena la campanilla. — Don Cándido se levanta.

(1) ¡Y á qué buen tiempo! Si tardan dos minutos, soy perdida.

ESCENA X.

Los precedentes, don Bruno.

D. Bruno. ¡Cándido!
D. Cánd. No: no me engaño. --
Él es. ¡Tio de mi vida! (2)
D. Bruno. ¿Cómo estas tan mal vestido?
Ya veo que no mentías
en tu carta.
Doña Catal. Aquí ha sufrido
mas de lo que usté imagina.
¡Qué parientes! -- Juzgue usted
cuán deplorable sería
su situacion, cuando hoy mismo....
Pero ruego á usted se sirva
pasar á mi habitacion,
y allí....
D. Cánd. Sí: usted necesita
descansar.
D. Bruno. Como usted guste. --
¿No están en casa...?

ESCENA XI.

Los precedentes, don Joaquin (3).

D. Joaq. ¡Maldita
memoria! ¡Haberme dejado
una cosa tan precisa!
¡Mi lente! -- Ah, estoy á los pies

(1) Aparte.
(2) Se abrazan.
(3) Entra precipitado con direccion á su cuarto.

de usted, bella Catalina.
¿Usted no pasea?

Doña Catal. No.

D. Joaq. Es usted muy egoista.

Doña Catal. Mil gracias por el obsequio.

D. Joaq. Los elegantes se privan
por la pereza de usted
de la cara mas bonita
y el cuerpo mas agraciado
que tiene Madrid. -- Matías. --
Hoy está muy concurrido
el salon. Hace buen dia. --
¿Usted va á salir?

Doña Catal. No.

D. Joaq. Como
la veo á usted de mantilla....

ESCENA XII.

Los precedentes, Matías.

Matías. ¿Qué manda usted?

D. Joaq. Trae mi lente;
sin arrugarme la cinta.
Corre.

ESCENA XIII.

Los precedentes menos Matías.

D. Joaq. Vaya; ¿quiere usted
venir al Prado, alma mia? --
Sí: venga usted. Aun podemos
dar cuatro vueltas.

Doña Catal. Se estima.

D. Joaq. (1) ¿Qué apunte es ese?

---

(1) Aparte á doña Catalina examinando á don Bruno.

Doña Catal. No sé.

D. Joaq. Me choca mucho. Él me mira
con una atencion.... -- Adios,
primo mio: no te habia
visto. ¿Has sentado ya plaza?

ESCENA XIV.

Los precedentes, Matías.

Matías. Aquí está el ente.

ESCENA XV.

Los precedentes, menos Matias.

D. Joaq. ¿En marina
ó en guardias? -- ¡Qué bien has hecho
en sacudir la polilla
y largarte de esta casa!
Yo no sé como sufrías
tantos ultrajes. — A mí
me adulan y me acarician
porque soy hombre de rango
y esperan que con mi prima
me case. Yo no la quiero,
porque es una coquetilla.
Ella, sí, tiene buen dote;
y en muriendo el estantigua
de don Bruno..... (1)

D. Bruno. Disimula.

D. Joaq. Que es, segun tengo noticias,
muy bruto, pero muy rico,
es regular que la niña
le herede; mas otro amor
es el que á mí me electriza.

---

(1) Violento gesto de cólera en don Cándido.

(1) ¿No es verdad? -- El tio Marcelo
es tal cual; pero la tia
es muy cócora. ¿Y el tio
don Onofre? me fastidia,
me degüella. -- Harás muy mal
en volverle la levita. --
¡Ah! Me olvidaba: si quieres
servir en caballería
te traeré á mi regimiento.
Antes de pasar revista
te tomaré de asistente
y así tu suerte se alivia:
Al fin no comes en rancho
ni haces ninguna fatiga.
¡Qué tarde es ya! -- Abur, madama. --
(2) ¡Uf! ¡Qué facha tan antigua!

ESCENA XVI.

Los precedentes menos don Joaquin.

D. Bruno. ¡Dios mio! ¿Y este es el jóven
de quien Marcelo me hacía
tantos elogios? ¿Es este
á quien destina su hija?
Doña Catal. Sí señor. Tal para cual.
No sé yo quien perdería
de los dos. A ese tronera
se le obsequia, se le mima,
y.... Vamos, vamos adentro;
oirá usted maravillas (3).

---

(1) A doña Catalina.
(2) Mirando á don Bruno con su lente.
(3) Entran en el cuarto de doña Catalina.

ACTO CUARTO (1).

ESCENA I.

D. Bruno, don Cándido (2).

D. Bruno. (3) ¡Qué franca es esta señora! --
parece que se interesa
en tu suerte.
D. Cánd. Sí señor.
La debo muchas finezas.
En medio de mi desgracia,
su bondad, sus nobles prendas,
su trato afable y ameno,
y, en fin, su amistad ingénua
han sido un grande socorro
para mí. La Providencia
aquí sin duda la trajo
para mi consuelo.
D. Bruno. ¿Y piensa
establecerse en la córte?
D. Cánd. Como parte de sus rentas
las tiene en este pais,
va á fijar su residencia
en Madrid, segun ha dicho;

(1) Es de noche.
(2) Salen del cuarto de doña Catalina.
(3) Deja don Bruno su sombrero sobre una silla.

y mientras se la presenta
una buena habitacion
en esta casa se hospeda
bien á su pesar.

D. Bruno. Lo creo.

D. Cánd. No confrontan las ideas
de mis tios con las suyas.

D. Bruno. No; no deben ser muy buenas
cuando á un sobrino carnal
por pobre le menosprecian,
y á otro menos inmediato
por llevar dos charreteras
le colman de beneficios,
le distinguen y contemplan,
siendo insolente, vicioso,
sin talento y sin vergüenza.
Pero si tantos parientes
tienen entrañas de piedra
en este mezquino siglo
de vanidad y miseria;
todavía no estan todos
prostituidos. Aun quedan
algunos que sin rubor
del infortunio se duelan. --
Bien conoces que yo debo
tener de tí muchas quejas.
Sabiendo cuanto te amaba
desde tu infancia mas tierna,
hiciste muy mal.....

D. Cánd. Confieso
mi culpa. Con tantas pruebas
del buen corazon de usted
debí llegar á su puerta
antes que á ninguna; pero
me acordaba de la afrenta
que sufrió usted de mi padre

poco antes de que muriera,
y temía....

D. Bruno. Yo perdono
á tu poca edad la ofensa
que me hiciste. Aun dado caso
que yo conservar pudiera
á tu padre algun rencor,
cosa que siempre fué opuesta
á mi carácter; pensar
que á un hijo suyo trascienda
es un error. -- En fin, no
se hable mas de la materia.
Todo lo olvido; y muy lejos....

ESCENA II.

Los precedentes, Inés (1).

Inés. Señor, ahora mismo entran
mis amos.

D. Bruno. Bien: ¿donde están?

Inés. Han pasado á la otra pieza
á refrescar. -- Yo he callado
para que usted los sorprenda.

D. Bruno. Bien: espera un poco, (2) --
Escucha
Cándido: la conferencia
con mis primos será corta.
No conviene que te vean
por ahora. Mientras tanto,
(3) toma. Vete á cualquier tienda

(1) Con luces que deja sobre una mesa.
(2) Separándole á un lado. Inés entra con una luz al cuarto de doña Catalina, la deja dentro y vuelve á salir.
(3) Le da dinero.

donde vendan ropas. Compra
lo que necesites, y echa
á un basurero esos trapos.
¿Entiendes? -- No te detengas
en el precio. -- Ah, tambien te hace
falta un sombrero. En la Puerta
del Sol lo puedes tomar.
Bastante dinero llevas
para todo. Vete luego
á la Fontana, y espera
hasta que vaya por tí.

D. Cánd. ¡Ah! mi gratitud extrema... (1)

D. Bruno. ¿Qué vas á hacer? -- Vamos, anda,
que es tarde.

D. Cánd. ¡Qué diferencia!

ESCENA III.

D. Bruno, Inés.

D. Bruno. Muchacha, enséñame el cuarto
donde tus amos refrescan.

Inés. Con mucho gusto (2). Abra usted
esa puerta de la izquierda.

ESCENA IV.

Inés. Ya sé yo que la visita
no va á ser muy lisonjera
para ellos. Es difícil

---

(1) Quiere arrodillarse y don Bruno le detiene.

(2) Señalando á lo interior desde la puerta de la entrada.

que le engañen, que á esta fecha
ya está informado de todo.
Yo le he dicho cosas buenas,
y la huéspeda á fe mia
no se ha mordido la lengua.
Don Cándido va á salir
de opresion y de miseria
¡Cuánto me alegro!

ESCENA V.

Don Joaquin (1), *Inés.*

D. Joaq. ¡Qué lance
de los diablos! ¿Quién creyera
que habia de ser don Bruno
ese vejete postema?
Me he quedado tonto. -- ¡Vaya
una cara de baqueta!
La fortuna es que he podido
largarme antes que me viera. --
¡Ola Inesilla! me alegro
de verte sola. ¿En qué piensas? --
Dame un abrazo: ya sabes
que te quiero. -- Con franqueza.
Inés. Déselo usted á su prima:
yo no lo gasto.
D. Joaq. No seas
tan huraña. -- Ven....
Inés. Pasito. --
Las manos quietas y secas.
D. Joaq. ¡Eh tonta! ¿Qué sabes tú
lo que es bueno?
Inés. ¿Soy yo de esas

(1) Con sombrero y sable.

de por ahí?

D. Joaq. Vamos, hija:
¿á qué tanta resistencia?
Ya veo que no lo entiendes. --
Anímate: ¿qué te cuesta? (1)

Inés. Aparte usted, espantajo,
títere.

ESCENA VI.

D. Joaq. ¡Maldita seas! --
¡Canario, qué fuerza tiene!
Si me descuido me estrella. --
¡Tambien se ven heroinas
entre estropajo y cazuelas! --
Bien empleado me está
por requebrar á una bestia. --
Con esto, y con que me deje
á la luna de Valencia
la viudita, la he logrado. --
Esta ocasion es muy buena
para atacarla. -- Allá voy.
¡Animo! -- (2) ¿Dá usted licencia,
Catalinita?

ESCENA VII.

Don Joaquin, doña Catalina (3).

Doña Catal. ¿Quién llama?

D. Joaq. ¿Quién ha de ser? Quien revienta

---

(1) Quiere abrazarla; Inés le dá un empellon y escapa.
(2) Levantando el picaporte.
(3) A la puerta de su cuarto.

de cariño por usted;
quien se consume y se quema
desde que ese cuerpecito
por la córte se pasea.

Doña Catal. Bueno: ¿y qué es lo que usted quiere?

D. Joaq. Yo quiero que usted me quiera;
quiero que usted sea mia;
quiero que no me entretenga
con frívolas esperanzas
que queman y no calientan;
quiero que usted reconozca
la extraordinaria fineza
de amarla mas que á mi prima,
á pesar de que está muerta
por mis pedazos; en fin
quiero que usted se convenza
de que yo voy á morirme
como usted no se resuelva
á darme esa blanca mano
en la santa madre iglesia.

Doña Catal. Pues bien. Yo quiero que usted
me deje en paz y no vuelva
con esas majaderias
á romperme la cabeza;
quiero que se desengañe
de que es un fátuo, un tronera,
un pedante, un fantasmon
que de verle da jaqueca;
quiero que usted se persuada
de que ninguna que tenga
dos dedos de frente debe
escuchar á usted siquiera;
y que si yo he tolerado
hasta ahora sus simplezas,
ha sido para burlarme

de su presuncion grosera.
D. Joaq. Pero escuche usted....
D. Catal. (1) Abur.

ESCENA VIII.

D. Joaq. ¡Eh! Ya me dió con la puerta
en los hocicos. ¡Lucidos
estamos! -- ¡Que esto suceda
a un hombre de mi calibre! --
Aquí es preciso prudencia
y resignacion. -- Yo.... bien
la diría cuatro frescas;
pero.... mejor es dejarlo. --
¡Qué calabazas tan netas
me ha espetado! Estoy furioso.
¡Aunque tuviera epidemia!
¡Qué modo de despacharme
tan brusco! -- Y hasta la puerca
de Inesilla.... Pero ¿yo
me apuro por bagatelas? --
La viudita es buen bocado:
mucha lástima es perderla;
no por su cara, que al fin
si se la mira de cerca
no vale cosa. -- Mejor
es Placidita. Sí: treinta
veces; y es una chiquilla
que haré lo que quiera de ella. --
Ea, á mi prima me atengo;
y para que no se vuelva
la boda agua de cerrajas,
voy á pedir la licencia
mañana mismo. -- ¿Y ahora,

---

(1) Entra en su cuarto cerrando la puerta.

quid faciendum? -- La comedia
de esta noche no me gusta.
¿Me iré al café de Venecia?
Sí: y desde allí á la partida
de los cucos.

ESCENA IX.

Doña Juliana, Plácida, don Joaquin.

D. Joaq. ¡Oh mi bella
primita! ¡Oh tú, que de todas
las *Plácidas* de la tierra
eres la que mas me *place*
por ser la mas *placentera*!
me tienes enamorado
hasta la crisma.
Plácida. ¿De veras?
Doña Jul. ¡Qué cumplimiento tan fino!
¡Lo que vale ser poeta!
D. Joaq. ¡Dulce tia á quien me une
la simpa-tia mas tierna,
simpa-tia que será
muy en breve simpa-suegra!
¿Cuándo aquí del himeneo
arderá, *tía*, la *tea*?
Doña Jul. ¡Bravo! ¡Bravo! Muy bien dicho.
¡Qué donaire! ¡Qué agudeza!
D. Joaq. El mismo *Gerardo Lobo*
para mí es niño de teta.
¡Tengo yo mucha sintaxis!
Doña Jul. Ya se conoce.
D. Joaq. Y mi vena
es un torrente.
Doña Jul. Lo creo. --
Mira que quiero que vengas

á acompañarnos.

D. Joaq. ¿Adonde?

Doña Jul. Pronto daremos la vuelta.

Plácida. Es dos puertas mas arriba.

Doña Jul. Sí: á casa de Genoveva.

D. Joaq. Con ustedes irè yo
aunque sea á Filadelfia.

Plácida. Por no ver al tio Bruno....

Doña Jul. Ha sido mucha imprudencia
venirse sin avisar.

Plácida. ¡Tiene una cara tan séria!

Doña Jul. Aunque él no se explica claro
y disimula sus quejas,
á mí me ha estado quemando
la sangre con indirectas.

Plácida. Pues ¿y la ridiculez
de arquear tanto las cejas,
porque yo no le miraba
y jugaba con mi perra?

D. Joaq. Lo gracioso es que esta tarde
le hice una burla sangrienta
sin conocerle.

Plácida. Me alegro.

D. Joaq. De esta hecha te deshereda.

Plácid. ¿Qué me importa? A mí ninguna
falta me hacen sus talegas.

Doña Jul. Ocultarle el paradero
de Cándido es lo que lleva
muy á mal á mi entender;
pero como es tan babieca
le hará creer mi Marcelo
todo lo que nos convenga.
No tengais cuidado. Ya
le han tomado por su cuenta
entre mi cuñado y él. —
Aunque á Cándido proteja,

no por eso....

D. Joaq. ¿A qué queremos
calentarnos la cabeza
sobre ese particular?
Allá los viejos se avengan.
Hablemos de nuestra boda,
que es lo que mas interesa.
¿No es verdad?

Plácida. ¿Y la viudita?

Doña Jul. Siempre estás con esa tema.

D. Joaq. ¡Disparate! Sobre ser
plato de segunda mesa,
es muger que me encocora.

Plácida. Vaya; yo sé que la obsequias.

D. Joaq. Estás muy equivocada;
y si no, para que veas
que no la puedo tragar,
aunque la lleve pateta,
delante de todo cl mundo
la voy á decir que es fea.

Plácida. Bneno, eso es lo que yo quiero.

D. Joaq. Tú quedarás satisfecha.

Plácida. Está muy bien; pero mira
que no quiero que me vuelvas
á dejar sola en el Prado,
como esta tarde.

D. Joaq. ¿Y te quejas
por eso? ¡Valiente injuria!
¿Qué querías tú que hiciera
sin lente? — Poco tardé:
antes que dieses dos vueltas
ya me habia reunido.

Plácida. Como la mamá se sienta
y nos deja solos....

D. Joaq. Vamos;
y tú por qué hacías señas

á todos los lechuguinos?

Plácida. Eso no vale la pena.
Otras veces me las hacen
ellos á mí.

D. Joaq. Me hace fuerza
esa reflexion.

Doña Jul. ¡Que siempre
os piqueis por bagatelas! —
Vaya; ¿vamos, ó me siento?

D. Joaq. Vamos á donde usted quiera,
mamá, que ya lo es usted
para mí desde esta fecha. —
¡Ah, qué boda tan brillante! —
¿Bailará usted en la fiesta?
Por supuesto. ¡Qué felices
vamos á ser!

Doña Jul. ¡Dios lo quiera!

D. Joaq. Y á los diez meses.... lo mas,
cuente usted con una nieta.

ESCENA X.

Inés. Ya se fueron. — La mejor
ocasion del mundo es esta
para hablar con la andaluza
sin que ninguno lo entienda. —
¡Oh! como pueda lograr
que me tome por doncella....
¿Y por qué no? Ella me quiere;
yo sé todas las haciendas
de una casa; yo soy fiel;
no tengo nada de lerda,
y asi, á mi paso.... Es verdad
que soy algo bachillera
y....

ESCENA XI.

Inés, un soldado.

El soldado. ¡Ave María!
Inés. ¿Quién es? —
¿Quién le ha dado á usted licencia
para entrar aquí?
El soldado. ¿A mí? naide.
La puerta de la escalera
está abierta, y me he colado.
Inés. ¡Pues! sin duda aquel veleta....
El soldado. ¿No vive aquí un capitan
de á caballo?
Inés. Aquí se hospeda.
¿Qué trae usted?
El soldado. Este plego
de la Ispecion.
Inés. Bueno, venga (1).
El soldado. ¿No está en casa?
Inés. No: ha salido.
Se le dará cuando vuelva.
El soldado. Pues es que yo no me voy
sin llevarme la cubierta;
que así lo tienen mandao.
Inés. (2) Tome usted, y no nos muela.
El soldado. A mí en cosas del servicio....
¿Está usted? Pues, aunque fuera
con mi padre. — Yo sé bien
mi obligacion.
Inés. ¿Quién lo niega?
El soldado. Y no soy dengun reculta,

---

(1) Lo toma.
(2) Rompe el sobrescrito y se lo da.

que ya tengo *los noventa.*
¿Está usted?
Inés. Bien: vaya usted
con Dios.
El soldado. Y por mar y tierra
soy siempre Alonso Morata,
¿Está usted? -- Adios, morena.

ESCENA XII.

Inés. ¿Qué papelotes son estos?
¡Caramba! ¡Que no supiera
leer! -- ¡Qué letras tan gordas!
Y aquí hay un sello....--

ESCENA XIII.

Don Bruno, Inés.

D. Bruno. Vilezas
semejantes no se han visto
desde que hay parientes. Piensan
justificar su conducta
levantando mil groseras
calumnias al pobre jóven.
¡Oh! Buen petardo se llevan.
Yo les haré ver.... (1) ¿Qué estas
leyendo?
Inés. Sí: eso quisiera,
pero me estorba lo negro.
La culpa tuvo mi abuela
que no me dejó aprender
mas que á hilar y hacer calceta.

---

(1) Toma el sombrero y al irse repara en Inés.

D. Bruno. ¿Quién te ha dado esos papeles?
Inés. Un soldado; y á la cuenta
son papeles de importancia,
porque es de molde esta letra.
Son para don Joaquinito,
segun ha dicho. Era fuerza
el sobrescrito entregarle,
y por eso....
D. Bruno. Qué ¿está fuera
Joaquin?
Inés. Sí señor.
D. Bruno. ¿A ver? —
veamos (1).
Inés. No; como pueda,
aunque me cueste el salario
de un año, hasta que aprenda
de letras....
D. Bruno. (2) Mira: es preciso
que en la casa no se sepa
que has recibido tal pliego.
¿Lo oyes? Y que nadie entienda
que yo guardo estos papeles.
Inés. Está muy bien. Usted pierda
cuidado.
D. Bruno. (3) Toma; y silencio.
Inés. Me echaré un nudo á la lengua.

ESCENA XIV.

Inés. ¿Qué misterio será este? —
Es tan grande mi impaciencia

---

(1) Toma los papeles y los lee.
(2) Guarda los papeles.
(3) La dá un doblon.

que el doblon y mas daría
por saber lo que se encierra
en esos papeles. -- ¡Soy
tan curiosa! -- Esta reserva
de don Bruno.... Apostaría
á que tienen mala cena
mis amos. -- Allá veremos.
Segun son las apariencias,
esta calma está anunciando
una borrasca deshecha (1).

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Don Onofre, don Marcelo.

D. Onof. Bien: Tú diras lo que quieras;
pero Bruno te da perro.
D. Marc. El se desenojará.
D. Onof. Ya verás.
D. Marc. Nuestros esfuerzos
en condenar la conducta
de Cándido, han hecho efecto
á mi parecer.
D. Onof. Yo juzgo
que no está muy satisfecho

(1) Entra en el cuarto de doña Catalina.

de nuestras disculpas. Ellas
son muy débiles al menos.
D. Marc. Yo no siento que se lleve
á Cándido, como temo.
Con tal que Plácida, ya
que se frustren mis deseos
de verla un dia heredera
de sus caudales inmensos,
logre que aumente su dote
con diez ó doce mil pesos,
cosa que á él nunca podría
arruinarle, estoy contento.
D. Onof. Como él te dé ni diez cuartos
que me corten el pescuezo.
D. Marc. Le instaré, le adularé,
no omitiré ningun medio
de ganarle. -- En un buen padre
es natural el desvelo
de acomodar bien sus hijos;
y aunque á la verdad poseo
bastantes fondos, ya ves,
si á Plácida casar puedo
sin desmembrarlos, ¿qué mal
me vendrá?
D. Onof. ¡Oh¡ Por supuesto.
D. Marc. Ya no tardarán. Yo voy
aquí cerca en un momento
á traerme á los muchachos
y á Juliana. Pronto vuelvo.
D. Onof. ¿Y por qué querrá que todos
reunidos le esperemos?
¿Habrá reconciliacion?
D. Marc. ¿Quién lo duda? Ese es su objeto.

ESCENA II.

Don Onofre, Doña Catalina (1).

D. Onof. Yo pienso muy al contrario.
no tiene él cara.... ¡Oh portento
de hermosura!
Doña Catal. (2) ¿No ha venido
don Bruno?
D. Onof. No, mi embeleso,
no ha venido todavía. --
¿Pero, á qué viene ese ceño
conmigo? ¿Se ofende usted
de que la adore?
Doña Catal. Me ofendo.
Yo no gusto de esas chanzas.
D. Onof. ¿Acaso yo me chanceo?
Si es usted fisonomista
conocerá todo el nervio
de mi amorosa pasion
en mi cara.
Doña Catal. ¿Será cierto
que está usted enamorado
de mí?
D. Onof. (3) Sí: de tu dinero. --
¿Y le quedará á usted duda
si ahora mismo la prometo
ser su marido, y mañana
lo cumplo?
Doña Catal. ¡Qué! No lo creo.
Y luego ¿qué adelantamos

(1) Viene de su habitacion.
(2) Se sienta.
(3) Aparte.

con que usted pretenda serlo
si no me acomoda á mí?

D. Onof. Pero ese es mucho despego
para un amante, hija mia.

Doña Catal. ¿Qué quiere usted? es mi genio.

D. Onof. ¿Qué disculpa dará usted?
Solamente que soy viejo;
como si no fuera yo
muy capaz....

Doña Catal. Vamos; no puedo;
usted me ha de perdonar. —
(1) ¡El demonio del espectro!

D. Onof. Eso no me satisface;
dígame usted sin rodeos
ahora mismo por qué causa
rehusa mi casamienio;
que á mí no se me repulsa
sin mas ni mas.

Doña Catal. ¡Fuerte empeño!
Pues señor, yo no me caso
con usted, porque no quiero.

D. Onof. Esa franqueza me gusta.
Vea usted, ya estoy contento
y resignado. A otra parte
con la música.

ESCENA III.

Los precedentes, don Marcelo, doña Juliana, Plácida, don Joaquin.

Doña Jul. Veremos
con qué embajada nos viene
el señor don Bruno (2).

---

(1) Aparte.
(2) Se sientan todos.

Plácida. Pero
¿nos tendrá toda la noche
esperando?

D. Joaq. Nada bueno
espero yo de tal ente.

Plácida. ¡Qué fastidio!

Doña Catal. (1) ¡Qué groseros!
Ni siquiera me saludan.

D. Joaq. (2) ¿No ve usted qué circunspecto
y qué formalote estoy?

Doña Jul. Es que ya vas pareciendo
marido.

D. Onof. (3) Esta gente tarda.

Doña Catal. Sí: -- yo tambien los espero
con impaciencia.

D. Marc. ¿Usted?

Doña Catal. Yo.

Doña Jul. ¿Y á qué fin? (4)

Doña Catal. Se verá presto.

Plácida. La campanilla ha sonado.

Doña Jul. Eh, ya están aquí.

Doña Catal. (5) Me alegro,
porque estaba consumida
con esta canalla.

ESCENA IV.

Los precedentes, don Bruno, don Cándido (6).

D. Bruno. Siento

---

(1) Aparte.
(2) A doña Juliana.
(3) A doña Catalina.
(4) Suena la campanilla.
(5) Aparte.
(6) Bien vestido.

haberos hecho esperar:
perdonad.

D. Marc. ¡Qué! Nada de eso. —
Vamos, sentaos (1).

Plácida. ¡Mamá!
Ya está vestido de nuevo,
parece otro.

Doña Jul. No te rias. } (2)

D. Joaq. (3) Ya me canso de estar sério.

D. Marc. (4) ¿Piensas ya con mas cordura?
Sabe Dios el sentimiento
que nos has dado. Otra vez
domina un poco tu genio....

D. Bruno. Dejémonos de sermones,
que ya son fuera de tiempo.

D. Marc. Esto no es reconvenirle;
aunque bien pudiera hacerlo,
que al fin siendo tio suyo....

D. Bruno. Sí; pero ningun derecho
tienes para maltratarle.

D. Marc. ¿Pues acaso yo....

D. Bruno. Marcelo,
estoy muy bien informado.
No nos cansemos.

D. Marc. Ya veo
que me han calumniado.

D. Bruno. Basta:
yo sé que no.

D. Marc. ¿Pero tengo
la culpa yo de que sea

---

(1) Se sientan don Bruno y don Cándido.
(2) Aparte entre sí.
(3) Aparte.
(4) A don Cándido.

imprudente y altanero?
Aqui se le aconsejaba....

D. Bruno. Primo mio, con consejos
no se come. Fácil es
ser generoso á ese precio.

Doña Jul. (1) Dale con las indirectas
y el tono de misionero. --
¡Caramba! Mira que ya
estoy hasta los cabellos
de oir tus impertinencias.

D. Bruno. Tranquilízate, que luego
cesaré de incomodarte.

D. Marc. (2) Disimula.

D. Joaq. (3) Vamos; esto
no para en bien.

D. Bruno. Como estoy
de todas veras resuelto
á cortar mis relaciones
con todos vosotros, quiero
despedirme para siempre. --
El villano tratamiento
que ha sufrido á vuestro lado
un jóven, digno por cierto
de mas consideracion
por su honradez, sus talentos,
su desgracia; -- en fin, por ser
hijo de un hermano vuestro,
me obliga á romper los nudos
de la sangre que me unieron
á vosotros. No creais
que me apartaré por esto
de haceros un beneficio

---

(1) Se levanta y todos en seguida.
(2) Aparte á doña Juliana.
(3) Aparte.

si, como yo no lo espero,
necesitais algun dia
de mí. -- Yo ya soy muy viejo.
Poco me puede engañar
la fortuna; mas si llego
por mi desgracia á tener
que mendigar el sustento,
no será, no, en vuestra puerta
donde se estrellen mis ruegos. --
En cuanto á Cándido, libres
estais del enorme peso
de su subsistencia. Yo
desde ahora le protejo,
y de nadie necesita.
En mí tendrá un padre tierno,
un bien-hechor y un amigo;
y me sobra fundamento
para esperar que jamas
me arrepentiré de serlo.

D. Cánd ¡Mi padre! ¡Oh título dulce
y consolador! le acepto
con todo mi corazon.
Las lágrimas con que riego
esta mano protectora....

Doña Catal. Basta; que yo me enternezco
tambien, y no viene al caso,
don Cándido, que lloremos
cuando debemos pensar
en el baile y el bureo
de la boda.

Doña Jul. ¿De qué boda?

D. Onof. Esta es otra.

D. Joaq. Yo estoy lelo.

Doña Catal. Ahora me toca á mí:
un poquito de silencio. --
Yo he sido muy buen testigo

de todos los improperios
y vilezas que ha sufrido
don Cándido, y del exceso
de su bondad y paciencia
entre parientes tan perros.
Yo, que sé compadecer
los infortunios agenos,
y no soy indiferente
al mérito verdadero,
dias ha que concebí
el precioso pensamiento
de hacer su felicidad
y la mia al mismo tiempo
uniendo nuestros destinos
con un dichoso himeneo.
Don Cándido no ignoraba
que me debia un afecto
de amistad, al parecer,
pero en realidad mas tierno.
Desde el momento le hubiera
revelado mi proyecto
á no habérmelo estorbado
el orgullo de mi sexo; --
pero en fin llegó la hora
de entregar mi mano en premio
de su ternura á quien ya
de mi corazon es dueño.

D. Cánd. ¡Ah! ¡Qué dulce recompensa!
¿A quién en el universo
podré yo envidiar ahora?

Doña Catal. La verdad: ¿no es mejor esto
que sentar plaza?

D. Onof. ¿Qué tal? (1)

---

(1) Aparte entre sí.

¡Y yo creí que era lego! —
Pero ¿cómo la ha podido
engatusar?
D. Joaq. No lo entiendo.
Lo cierto es que las mujeres
tienen el diablo en el cuerpo.
Siempre escojen lo peor. (1)

Doña Jul. (2) Vámonos; que yo no puedo
sufrir mas.

D. Bruno. (3) Venid entrambos
me serviréis de consuelo
y de alivio en mi vejez.
Todo cuanto yo poseo
será para vuestros hijos.
Ya no nos separaremos
jamas.

D. Onof. Chico, tu esperanza
cuéntala ya con los muertos.
D. Marc. Ya lo veo. (4)

Doña Jul. ¿Has acabado?
Pues tambien aquí tenemos
motivos de regocijo.
Si tú estás tan satisfecho
porque á un sobrino prohijas;
con mayor razon debemos
nosotros felicitarnos
teniendo un estorbo menos.
Otro sobrino nos queda
mas amable y menos necio;
y tambien por nuestra parte
habrá boda y bailaremos.

---

(1) Aparte entre sí.
(2) A don Marcelo.
(3) Abrazándolos.
(4) Aparte entre sí.

D. Marc. Sí; venid. (1) Dadme esas manos...

D. Bruno. Aguarda.-- Ahora que me acuerdo,
lee primero esos papeles
que han remitido á tu yerno
de la Inspeccion general (2).

D. Joaq. Eh, ¿qué papeles son esos?

D. Bruno. Deja que el tio los lea.--
La criada ha abierto el pliego
en que venian no estando
tú en casa. Yo llegué á tiempo
de quitárselos sin darla
lugar....

D. Joaq. ¿Pero Usted....

D. Marc. ¡Qué veo!

D. Joaq. ¿Pero usted los ha leido?

D. Bruno. Sí.

D. Joaq. ¿Qué dicen?

D. Bruno. Yo no entiendo
la milicia. -- Me parece
que se trata de un ascenso.

Plácida. ¡Un ascenso mamá!

Doña Jul. Calla;
á ver qué dice Marcelo.

D. Joaq. Comandante de escuadron; ¿Eh?

Plácida. ¡Comandante!

D. Marc. Me alegro
de tener esta noticia
á tan buen tiempo.

Doña Jul. ¿Sí? ¿es cierto

---

(1) Va á unir las manos de don Joaquin y Plácida.

(2) Toma don Marcelo los papeles y los lee.

que han ascendido á Joaquin?

D. Marc. ¿Ascender? ¡A buen sugeto
ascenderian! ¡La escoria,
el oprobio de su cuerpo!

Plácida. Eh, papá; usted se chancea.

D. Marc. Si me descuido te pierdo.

D. Onof ¿Pero en fin esos papeles
qué contienen? Acabemos.

D. Marc. ¿Qué? Su licencia absoluta
por vicioso y por inepto.

D. Joaq. ¡Como!

Doña Jul. ¿Y es posible....

D. Marc. Toma: (1)
diviértete.

Doña Jul. Aun no me atrevo
á darle crédito.

Doña Catal. (2) ¡Adios
boda!

Plácida. (3) No; ya no debemos
dudarlo. Mire usted como
muda de color. Bien puedo
buscar otro novio.

Doña Jul. Sí.

D. Joaq. Pues señor, estamos frescos.

D. Onof. ¿Con que es verdad....

D. Joaq. Sí señor.
Me he quedado sin empleo. --
Eh, yo no lo extraño. -- Embrollos,
envidias del regimiento. --
El coronel me tenia
entre ojos. -- Los compañeros....
la mujer del comandante,

---

(1) Toma don Joaqnin los papeles y los lee.
(2) Aparte.
(3) A doña Juliana.

que es vengativa en extremo....
si yo la hubiera obsequiado
como deseaba.... ¡Pero
si es una harpía!

D. Onof. Eso es
una bicoca. Ten pecho
y no te apures. -- Tú sabes
cuanto vale un buen consejo
en ocasiones como esta:
si presumes que yo puedo
dártele, pierde cuidado:
desde ahora te le ofrezco
de muy buena voluntad.

D. Joaq. Por supuesto. Siempre cuento
con la proteccion de ustedes.
(1) Creo que este contratiempo
no será un inconveniente
para nuestra union. Yo pienso....

Doña Jul. Sobrino, han variado mucho
las circunstancias. No es esto
despreciarte; pero al fin
soy madre, y todo mi anhelo
se funda en el bien estar
de mi hija. -- ¡Sin empleo,
sin reputacion, sin bienes! --
¡Iba á buscar un buen yerno!
Y lo peor es, perdona,
que el honor comprometemos
de Placidita si en casa
permaneces por mas tiempo.
Por todo Madrid se sabe
que has sido su novio, y quiero
evitar murmuraciones. --
¿Cómo ha de ser? No hay remedio.

---

(1) A doña Jaliana.

Es preciso que te vayas. —
Ten paciencia: yo lo siento.

ESCENA V.

Los precedentes menos doña Juliana.

D. Joaq. Placidita...,
Plácida. Ya has oido
á mi mamá. Yo no tengo
la culpa. -- No; el mal no es solo
para tí: ¿y yo que consiento
en casarme, y de repente
me quedo con los deseos?
Pero yo procuraré
consolarme. Te aconsejo
que hagas otro tanto. -- Abur.

ESCENA VI.

Los precedentes menos Plácida.

D. Bruno. Se disipó como el viento
su cariño. ¡Qué leccion!
D. Cánd. ¡Qué desengaño! (1)
Doña Catal. Veremos
como se explican los tios.
D. Joaq. Querido tio Marcelo,
este imprevisto reves
de la fortuna se ha opuesto
al enlace deseado
que colmaba mi contento;
pero al menos un asilo...
D. Marc. No; no te canses. -- Bien veo
que vas á pasarlo mal.
Hijo de padres muy buenos,

(1) Aparte entre sí.

pero pobres, no tenias
mas recurso que tu sueldo.
Si te has quedado sin él,
culpa solo á tus excesos.
¿Yo los autorizaría
sufriendo que un mismo techo
nos cubriera? Quien merece
que lo echen de un regimiento
con ignominia, no es digno
de mi proteccion. -- Yo espero
sin embargo que este golpe
te servirá de escarmiento.
¡Dios lo quiera así! Si no,
te anuncio un fin muy funesto.

ESCENA VII.

Los precedentes menos don Marcelo.

D. Joaq. ¡Que crueldad! -- (1) ¿Y usted tambien
me abandona?
D. Onof. Yo me precio
de haber sostenido siempre
el honor de mis abuelos,
señor mio; y faltaria
á los principios austeros
de justicia y probidad
que á todo trance profeso,
si consintiera á mi lado
á un perdido, á un vago, á un miembro
corrompido y contagioso
en la sociedad.
D. Joaq. Al menos

---

(1) A don Onofre que iba á seguir á don Marcelo.

los vínculos de la sangre
deberían....

D. Onof. Yo no entiendo
de vínculos ni de alforjas.
¡Mire usted que el parentesco
es grande! Échele usté un galgo:
hijo de un primo tercero....

D. Joaq. No señor. Si por mi madre
soy sobrino....

D. Onof. Vaya; ahorremos
palabras. Anda á buscar
tu madre gallega lejos
de mí. En la corte hay arbitrios
para los hombres de ingenio
como tú. -- Si no te quieres
morir de hambre, apela al juego,
á la embrolla y á la estafa;
que no serás el primero,
ni se ha de apurar Madrid
por un pillo mas ó menos.

ESCENA ULTIMA (1).

Los precedentes menos don Onofre.

D. Bruno Estoy escandalizado.
Yo no podría creerlo
si no lo víera.

Doña Catal. Me da
lástima su abatimiento. --
Ni aun á mirarnos se atreve.

D. Cánd. Joaquin, para estos momentos
es el valor. No te aflijas. --
Si yo pensára como ellos

---

(1) Don Joaquin queda en el mayor abatimiento.

podría desampararte,
alegando otros pretextos
sin duda mas oportunos;
mas decorosos al menos.
(1) Yo veo tu desventura,
y no mis resentimientos. --
Aun no me atrevo á brindarte
con mi amistad: la reservo
para cuando experimente
el reparo de tus yerros.
Pero en nombre de mi esposa
y mi tio te prometo
favor y hospitalidad.

D. Joaq. Esa bondad sin ejemplo
me confunde mas que todo. --
Perdóname si no acierto
á responderte.

D. Cánd. Eh, no llores.

D. Bruno. Dejémonos de lamentos
y á la enmienda. -- Con nosotros
vivirás: yo lo consiento. --
Ahora en tí solo consiste
conservarte en nuestro aprecio.

Doña Catal. Vámonos á la posada
cuanto antes, porque no quiero
estar un instante mas
en esta casa. -- Ya es tiempo
de sentar esa cabeza,
Joaquinito.

D. Joaq. ¡Ah! Yo lo ofrezco.

Doña Catal. Sea usted hombre de bien,
y no vuelva á hacer sonetos.

---

(1) Tomándole afectuosamente la mano.

FIN.